

“—Desde hace cincuenta y cuatro años que habito este planeta, sólo me han molestado tres veces. La primera, hace veintidós años, fue por un abejorro que había caído aquí de Dios sabe dónde. Hacía un ruido insoportable y me hizo cometer cuatro errores en una suma. La segunda vez por una crisis de reumatismo, hace once años. Yo no hago ningún ejercicio, pues no tengo tiempo de callejear. Soy un hombre serio. Y la tercera vez... ¡la tercera vez es ésta! Decía, pues, quinientos un millones...”

Fragmento de “El Principito”.

ESTRELLAS VOLADORAS



- ¡Mamá, mamá, corre, ven a la ventana! –gritó María.

- ¿Qué pasa?

- Mira, ¡En el jardín hay estrellitas voladoras!

- ¡Qué bonitas son! –contestó la mamá. Pero no son estrellas: son luciérnagas. Se suelen ver en las noches de verano.

- ¿Son peligrosas las luciérnagas!, ¿Pican? –preguntó María.

- No son nada peligrosas –contestó mamá.

María bajó al jardín. Al poco rato volvió a subir gritando:

- ¡Mamá, mamá!. He cogido una luciérnaga y la he metido en este tarro de cristal. La voy a poner en mi cuarto y así me alumbrará toda la noche.

- ¡Oh, pobre luciérnaga!, ¿Crees de verdad que te va a alumbrar? ¿No ves que ya no tiene luz?

- Porque las luciérnagas tienen luz solamente en la oscuridad –dijo María. Apaguemos la luz y ya verás, mamá.

La mamá apagó la luz. Pero la luciérnaga del tarro no daba ni un rayito de luz.

- ¿Y por qué no alumbrá? –preguntó María.

- Porque está triste y se siente prisionera. ¿Qué harías tú si te encerraran?

María comprendió que debía soltar a la luciérnaga. Se fue a la ventana y abrió el tarro. La luciérnaga salió volando dejando un rastro de luz.

(Silvana Carnevali)